

# De la invisibilidad a la presencia: con nombre de mujer, letras españolas en el Siglo XX

Ramón Acín

RAMÓN ACÍN INDAGA EN LAS CARACTERÍSTICAS DEL ACCESO DE LA MUJER AL MUNDO DE LA LITERATURA, EN SU LENTO Y DIFÍCIL (POR INCOMPLETO) RECONOCIMIENTO.

## 1. La larga marcha desde la invisibilidad:

En las últimas décadas, se dice que la presencia creativa de la mujer ha dejado de ser algo insólito dentro de los estudios dedicados a la literatura<sup>1</sup>. Es más, esta presencia femenina, asentada y

---

<sup>1</sup> Existe un buen número de estudios individuales dedicados a autoras concretas, a épocas claves para la mujer como el 27 o la Transición y, en especial, antologías (*Doce relatos de mujeres*, Alianza, 1982; *Relatos de mujeres*, Madrid, Popular, 1988; *Madres e hijas*, Anagrama, 1996; *Mujeres al alba*, Alfaguara, 1999, ...) y estudios-antología específicos (por ejemplo: *Relatos de novelistas españolas 1939-1969*, Madrid, castalia, 1993; *Cuentos de este siglo*, Lumen, 1995,) conformados únicamente por escritoras. No obstante, cuando éstas comparten territorio con el hombre, el número de participantes es significativamente menor, aunque supere, con creces, el de antologías precedentes, cuando las había. Por citar casos variados con enfoque y fines diferentes: Cinco mujeres entre quince hombres, en *Cuentos eróticos*, Grijalbo, 1990; dos autoras de los cinco escritores del volumen *Relatos urbanos* que, publicados en *El País Semanal* (1994), acabaron conformando una publicación colectiva bajo el mismo título; cinco entre once en *Historias de detectives*, de Ángeles Encinar,

en alza, parece estar consiguiendo la consideración de elemento esencial para explicar ciertos aspectos que determinan el actual panorama literario español. En especial, por todo cuanto supone en éste la actual avalancha de nuevas lectoras<sup>2</sup> y, en menor medida, por lo que conlleva la emergente actividad de escritoras que, desde mediados del siglo pasado, el XX, no ha dejado de incrementarse de manera cuantitativa e, incluso, en determinados casos, cualitativa. No obstante, hasta alcanzar esta atractiva realidad de nuestros días, el camino a desbrozar por la mujer interesada en la creación literaria ha sido largo y arduo.

Es normal —o lo debería haber sido en cualquier época— que la mujer, como el hombre, necesite saber y explicarse la vida, el entorno, el universo... y que, en esta búsqueda suya, tan esencial, la literatura aparezca como un camino adecuado para aplacar interrogantes y para obtener respuestas con cierta rotundidad. Sin embargo, sorprende que, a pesar de que la literatura cumple esta función desde sus inicios, la actividad creativa de la mujer apenas ha ocupado huecos de valor dentro de la Historia de la Literatura<sup>3</sup> y que sólo en los últimos tiempos esté logrando una relativa importancia.

¿Dónde radican las causas de este acceso de la mujer, tan tardío, en las tareas literarias y las de su lento reconocimiento?

La respuesta más sencilla y socorrida, pero no la única, parece echar raíces en unos condicionamientos de corte social y educati-

---

Lumen 1995; nueve frente a veintisiete en *Páginas amarillas*, de Sabas Martín, Lengua de Trapo, 1997; tres poetas entre veintiocho en *El último tercio del siglo (1968-1998) Antología consultada de la poesía española*, de José Carlos Mainer, Visor, 1998; doce escritoras frente ochenta y dos escritores en *Cien años de cuentos (1898-1998) Antología del cuento español*, de José María Merino, Alfabara 1999; tres en *Retrato de un siglo. La mirada de 10 escritores*, Temas de Hoy, 1999.

<sup>2</sup> Es sabido que la aparición de la cultura de masas está en relación con la irrupción y el acceso de la mujer a la lectura.

<sup>3</sup> Sobre la «invisibilidad» de la mujer en Antologías e Historias de la Literatura es interesante el artículo «Escritoras del siglo XIX», de María del Carmen Simón Palmer en *Espacios en espiral (Dossier Cine, Literatura y Teatro de mujeres)*. Barcelona. Una Palabra Otra, 1994. En él, por ejemplo, se afirma que la «escasez de personalidades» femeninas en el citado tipo de publicaciones con respecto al siglo XIX no responde a un «vacío literario», pues «pasan del millar las que publican».

vo, puesto que las leyes y la costumbre modelaron – siguen modelando– la sociedad y, con ello, a sus formantes. De ahí que, desde muy antiguo, la mujer aparezca desempeñando en sociedad papeles secundarios o accidentales y que tales papeles, en el mejor de los casos, tiendan a complementar la visión de la figura masculina. Es una circunstancia fácil observar en las obras literarias –desde *La Odisea* misma–, en las que la mujer cumple con la función de resaltar la figura del varón. Se reproduce el consabido rol femenino de elemento decorativo en sociedad, de procreadora o como descanso del guerrero, fuera, por tanto, de todo ordenamiento social y político de primer orden. Desde esta perspectiva, el silencio o el escaso eco en cuanto a creación literaria por parte de las mujeres puede, en buena medida, asentarse sólidamente en estos pilares, aunque, sin duda, como ya se ha comentado, hay otros más.

Tradicionalmente –hasta el siglo XIX, cuando menos–, la mujer ha sido una «rara avis» social en medio de un mundo dominado por los hombres. Su destino, circunscrito y aislado en un ámbito concreto, no traspasaba el recóndito espacio del hogar –círculo de la familia y su entorno– y siempre bajo la atenta supervisión del hombre. Una afirmación que, aunque hoy aparentemente puede parecer un tópico gastado, ha tenido sus fundamentos en una persistente realidad que, incluso, se manifestó de forma clara en personas nunca sospechosas de tal ideario. Sirva como ejemplo la postura de J.J. Rousseau, abanderado de la Ilustración, que menospreciaba el valor de la mujer a la hora de abordar la tarea creativa. O la de los jacobinos que frente al compromiso revolucionario de las mujeres, contrapusieron el tópico de la maternidad: «Nadie es buen ciudadano si no es buen consorte»<sup>4</sup>.

Este asentado menosprecio masculino y la consiguiente ubicación femenina dentro de un orden social de segunda clase, sin duda fueron parte de las circunstancias que abocaron a la mujer hacia la oscura parcela del intimismo cuando ésta intentaba ejercer la literatura. Sin duda es una práctica creativa consentida y tan silenciosa como intrascendente fuera de la parcela adjudicada por

---

<sup>4</sup> Remito a *La historia más bella del amor*, VV.AA (Anagrama, 2005, p. 89) y a su capítulo «La revolución: el terror de la virtud».

el hombre, que, además, sintoniza a la perfección con su merma- da consideración social. La privacidad del mundo íntimo y el valor del desahogo autobiográfico, entre otros temas afines, constituyeron a lo largo de los siglos el grueso habitual de la temática en la mayoría de la literatura escrita por mujeres. Sólo así se entiende –al menos, en parte– la excepcionalidad que representa el exiguo número de féminas que, pese a tales circunstancias, lograron encaramarse a las páginas de Historia de la Literatura.

Por ello, hasta conseguir la actual presencia femenina en cualquiera de los géneros literarios –una presencia que, aunque reciente, es cada vez más fuerte–, ésta se refugió, lógicamente, en el intimismo. Es decir, salvando la excepcionalidad de autoras como Santa Teresa de Jesús (siglo XVI), María de Zayas, Sor Juana Inés de la Cruz o Ana Abarca de Bolea (XVII), Josefa Amar y Borbón o María Rosa Gálvez (XVIII), por citar casos indiscutibles de nuestro pasado literario, lo normal, dentro de tal anormalidad, fue la expresión personal a través de esquemas literarios como el «diario», el epistolario o la lírica íntima, tendentes casi al desahogo particular, donde se plasman temas y problemas relativos a las circunstancias del entorno propio o familiar, vacíos, por tanto, al menos en un principio, de acontecimientos de interés y de una necesaria amplitud social e histórica. Y, en consecuencia, pese a una más que posible plasmación de determinadas experiencias con valor documental o como incipientes fermentos de imaginación y fantasía, siempre acaba tratándose de temas un tanto alejados del interés colectivo y universalista. Pues, es sabido que la validez de un texto, desde la perspectiva literaria, depende de su contenido y éste, para serlo, aunque sea de carácter particular, siempre debe concitar valores de rango universal.

Es, por tanto, lógico que la lírica y la carta dominen hasta bien entrado el XVIII en la escasa o silenciosa actividad de las mujeres cuando éstas pretenden realizar incursiones literarias –al menos, claro está, de lo que ha llegado a nuestros días–. Y sucede así, en parte, por lo ya apuntado anteriormente, pero también porque la lírica es vehículo adecuado a la expresión de la intimidad e, incluso, vehículo igualmente propicio para la exploración de los aspectos morales en los que, tradicionalmente, la mujer ha estado enjaulada.